

Los cinco días.

Las jornadas de febrero habían adquirido un giro inesperado. Sin duda los más lúcidos habían presentido la derrota. La miseria y el odio del zarismo constituían una mezcla tan explosiva que, como observaba Zinaida Hippus, *la casa reventaba*. Ella invitaba a los liberales a que con sus propias manos contribuyeran a destruir lo que estaba condenado a la destrucción para evitar que el edificio se derrumbara enteramente y enterrase bajo sus ruinas a la vieja sociedad. Pero, ¿quién hubiera escuchado los presentimientos de un poeta en febrero de 1917?

Todo empezó con las manifestaciones de mujeres que, pasándose por alto las divergencias entre mencheviques, bolcheviques y S.R, decidieron desfilar por las calles de San Petersburgo. Manifestación que pronto creció con la presencia de obreros despedidos a raíz de las huelgas.

El **segundo día**, de tal modo incitadas, las mujeres obreras decidieron manifestarse por los barrios burgueses. Se trataba de llegar hasta la Perspectiva Nevski. Arrastraron para ello a los hombres y al mayor número posible de gente. En esta ocasión, la policía ocupaba su puesto para impedir que los manifestantes cruzaran los puentes del Neva. Sin tenerla en cuenta, pasaron el río caminando sobre el hielo, enarbolando la bandera roja, y cantando la *Marsellesa*.

Al **tercer día**, los bolcheviques fueron los principales organizadores de huelgas y manifestaciones. ¿Se había tenido en cuenta el llamamiento de los partidos políticos? A las ocho de la mañana una inmensa muchedumbre estaba en pie y fueron arrancados los carteles que invitaban a la población a guardar calma. La policía se mostró más huraña. Se notaba la diferencia de los cosacos: ¡Hurra!, les gritaban, y los policías caracoleaban junto a la muchedumbre como si quisieran protegerla.

A las 15 horas de ese 25 de febrero, en la plaza Znamenskaja, un orador arengó a los manifestantes. *Dispérsense*, gritó la policía. Nadie se movió. Un policía a caballo apuntó entonces su arma hacia el orador; la muchedumbre se puso a chillar. De repente, en medio de una nube de nieve y de polvo, surgió un cosaco y le dio un sablazo al faraón (policía a caballo).

El incidente dejó estupefacta a la muchedumbre. En el Gobierno, este hecho puso alerta a Protopopov, ministro del Interior, que a modo de sanción, amenazó con disolver la Duma y detener a su presidente. Pero la reunión estuvo marcada sobre todo por un telegrama inesperado de Nicolás II, en el frente por aquel entonces: *Ordeno que a partir de mañana cesen en la capital el desorden, que en modo alguno se puede tolerar en esta hora grave de la guerra*. Firmado: Nicolás.

Responsable de la seguridad, el general Khabalov cuenta que este telegrama fue para él como un mazazo. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué significaba eso de *cesen*? Cuando se pide *pan*, se da pan, y se acabó. Pero, cuando en las banderas se lee *Abajo la autocracia*, no hay pan que valga. ¿Qué hacer entonces? El zar había dado órdenes: era preciso disparar.

El **cuarto día** era domingo. La ciudad se despertó más tarde de lo corriente. Ya de pie, se encontró con los soldados en sus puestos de combate. La muchedumbre se aproximaba, les hablaba amistosamente, y ellos respondían; los oficiales redoblaban las órdenes para interrumpir el diálogo, pero éste empezaba de nuevo con otros manifestantes.

El mando, irritado y nervioso, sentía desfallecer su autoridad. Y cuando uno de los oficiales del regimiento Volynski dio la orden: *¡Disparen! ¡Fuego!*, los soldados, por acuerdo tácito, dispararon al aire.

¡Apunten al corazón, cada uno su turno, que lo vea!, chillaba el oficial. Corría entre la tropa, cogía el fusil de uno y de otro, disparaba él mismo... De repente, la ametralladora que una unidad de oficiales apuntaba a la muchedumbre empezó a disparar y la sangre de los obreros puso roja la

nieve de la explanada.

Hubo cuarenta muertos y cuarenta heridos aquel día en la plaza Znamenskaja. En el centro de la ciudad hubo más de ciento cincuenta muertos.

Por la noche, en el domicilio de Kerenski se reunieron militantes de todas las tendencias, como venía ocurriendo desde hacía varios meses. Intentaron llevar a cabo la unidad imposible. Por una ironía del destino, el único movimiento popular que había crecido no se debía a una de las organizaciones presentes, ni era el resultado de una acción coordinada. ¿Qué hacer?

Se comentaron los acontecimientos con pasión: el comportamiento de los cosacas, la represión, la actitud de la Duma que dirigió al zar súplicas de alarma. Las esperanzas se ponen en la Duma. Pero los representantes de las organizaciones clandestinas (Bolcheviques, izquierda de los SR., etc.) le reprochan a Kerenski su exaltación, su entusiasmo. Cuando todos se separan, Kerenski es el único en creer que la revolución ha empezado.

Al quinto día, los manifestantes ni se imaginaban que, como decía Trotski, *habían realizado las nueve décimas partes del recorrido*. Ignoraban que durante la noche la fiebre había conquistado los cuarteles y que los soldados, lívidos de cólera, habían jurado que nunca más dispararían contra el pueblo. Encarcelaron a sus oficiales y en la mañana del 27 se lanzaron a la calle confraternizando con los manifestantes que encontraban. Escena inolvidable: la película ha conservado las locas imágenes de esos soldados y de esos obreros desfilando con la bandera roja en cabeza, dirigiéndose hacia el Palacio de Taurida, sede de la Duma.

Mientras, los diputados, ansiosos, se preguntan si los manifestantes llegan para atacarles o alentarles, sólo Kerenski decide pasar a la acción: *Tal como iba vestido, sin abrigo ni sombrero, me dirigí corriendo hacia esos soldados*. Recibe a los manifestantes y grita *¡Detened a los ministros, controlad Correos y la Telefónica, ocupad las estaciones y los centros oficiales!*

Entretanto, de la muchedumbre delirante se había desgajado un reducido núcleo de militantes que entraron en la Duma y tomaron decisiones, como en 1905, para constituir un soviet.

Quienes llevaban la voz cantante eran todos mencheviques; entre ellos se encontraban dos diputados a la Duma, Tchkeidze y Skobelev; también había socialistas revolucionarios, un representante del Bund, miembros de los sindicatos y del Movimiento Cooperativo.

Por parte de los bolcheviques estaba Chliapnikov, harto reticente ante la constitución de ese soviet, porque su partido había decidido *pasar la etapa del soviet* y era partidario de formar inmediatamente un gobierno revolucionario. Con todo, se adhirió al movimiento. Aquella misma noche en que se alertó a los delegados de todas las fábricas, el soviet de los diputados de Petersburgo se constituyó oficialmente y lanzó un llamamiento a todas las Rusias. Lo hacía a través de su órgano, *Izvestia*, cuyo primer número se publica ese mismo día.

La llamada invitaba a los rusos a proseguir el combate hasta lograr la constitución de un gobierno revolucionario. Pero, lo que el soviet ignoraba era que al mismo tiempo, la Duma acababa de constituir un *Comité para el restablecimiento del orden y las relaciones con las instituciones y las personalidades*, cuyo propio nombre formulaba el programa. Integrado por miembros de todos los partidos políticos representados en la Duma (por consiguiente sin los bolcheviques, ya que desde 1914 estaban encarcelados), el Comité delegó a su presidente, Rodzianko, acerca del primer ministro, príncipe Golytsin, para que éste intercediera ante el zar con el fin de constituir *un Gobierno de confianza*.

De este modo se instituía un poder paralelo. Mientras, reinaba el mayor desconocimiento sobre las próximas intenciones de Nicolás II. En esta atmósfera de desasosiego y temor por la represión, los representantes del *Comité* y los electos del *soviet* negociaron la instauración de ese poder paralelo, Kerenski y Tchkeidze, miembros de los dos organismos, actuaban como intermediarios.

Texto extraído de: *La Revolución rusa*. Marc Ferro. Historia del siglo XX. Historia 16. 1997.